

en las guerras de religión), pero á la altura á que ha subido la realeza, esos disturbios no serán más que accidentes que retardarán el progreso de ésta para precipitarlo luego.

Por otra parte, el individualismo, que es uno de los rasgos más característicos del siglo XVI y que ha producido grandes personalidades en todos los géneros, debilitaba á la nación enfrente de la monarquía, diseminando los elementos de una oposición posible.

La monarquía no se vió, pues, amenazada por la fuerza de instituciones ó por el efecto de doctrinas en contradicción con sus pretensiones; sin el desencadenamiento de las pasiones religiosas, su progreso habría sido tan regular durante la segunda mitad del siglo como durante la primera.

En una palabra; si consideramos las condiciones generales de la vida política y social durante este período, vemos simplemente que continúa la obra desde hacía largo tiempo comenzada: entre la Francia del siglo XV á la del XVI no hay solución de continuidad.

Tampoco hay revolución religiosa, puesto que Francia no se ha convertido á la Reforma; pero en cambio hubo una verdadera revolución que los franceses trajeron de Italia, en lugar de las conquistas que allí buscaban, y fué el Renacimiento.

Suscitó éste en primer término un gran movimiento de ideas, una ampliación de horizontes para los espíritus, nobles curiosidades, la pasión de saber; conociéronse muchas más cosas del pasado, adquiriendo el sentido de la historia, es decir, de la actividad humana siempre en transformación; y se aprendió que el mundo era más vasto y más variado en el tiempo, del mismo modo que acababa de revelarse más extenso en el espacio. Y de este modo, los espíritus fueron preparados para comparar, razonar y juzgar; y una de las grandes novedades fué que el pensamiento se hizo, sobre todo, laico, ó cuando menos, que los dominios del pensamiento laico y de la concepción religiosa quedaron separados.

Es indudablemente un gran siglo en la historia de nuestra literatura y de nuestro arte el siglo de Rabelais, de Ronsard, de Montaigne, de Lescot y de Goujón, cuyas obras fueron bellas y son perdurables; pero la tendencia exagerada á buscar en la antigüedad ó en Italia la dirección única de las inteligencias no tardó en estrechar el horizonte que el primitivo Renacimiento había ensanchado; el clasicismo tendía nada menos que á suprimir todo lo que no era Roma ó Grecia. La concepción de un bello ideal puesto fuera de las realidades ha arrojado á los espíritus á la abstracción de una doctrina inmóvil y durante más de dos siglos los retendrá en ella: el clasicismo de Enrique II, el de Luis XIV y el del Primer Imperio son idénticos en sus teorías (2); de modo que el Louvre podrá ser continua-

(2) L. Courajod, *Leçons professées à l'École du Louvre* (1887-1896) (publ. por Enrique Lemonnier y Andrés Michel), t. III, *Origines de l'art moderne*, 1893.

do dentro del mismo espíritu al través de las relaciones separadas por siglos.

Además, la porción enorme señalada á la literatura y al arte hacía que se descuidaran ó desdeñaran todas las demás preocupaciones, naciendo entonces un dilettantismo tanto más altanero cuanto que las obras no estaban hechas y no eran inteligibles más que para una parte de la nación, la cual se consideraba como un grupo de escogidos y quería aislarse del vulgo.

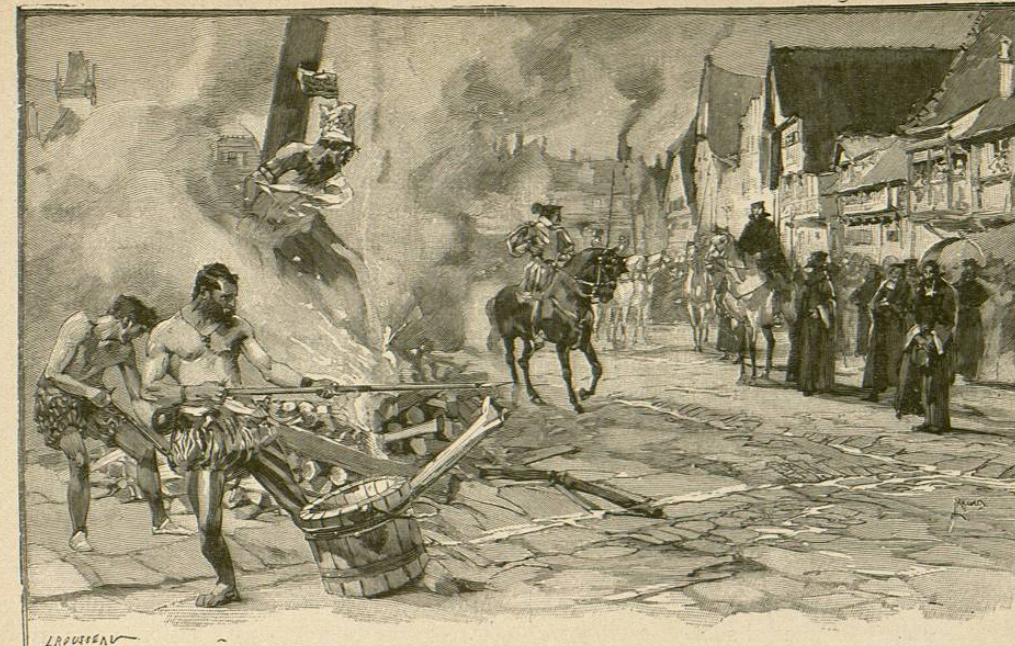
De esta suerte se preparó el «hombre honrado» del siglo XVII, nutrido en el culto de los antiguos, formado por una educación puramente intelectual, apto para concebir un cierto ideal de belleza literaria y artística, pero cerrado á toda concepción que no fuese clásica, poco curioso, las más de las veces, de conocimientos científicos, tan incapaz, por ende, de comprender á Shakespeare como de interesarse por Newton, indiferente á los problemas políticos y sociales, desdeñoso de las cuestiones industriales y económicas, y aislado en la esfera del pensamiento puro y en el mundo antiguo en que se encierra. Para él, Europa sigue siendo la de los griegos y romanos y América no ha sido descubierta.

Para juzgar á este elegante mundo intelectual, en el que aún hoy en día nuestra educación concentra nuestra acción, es necesario indudablemente tener en cuenta las circunstancias generales y, por ejemplo, el progreso de la autoridad real que acaparó toda la vida pública; pero siempre resulta que el clasicismo formó espíritus dóciles á esta autoridad y los predispuso á enosas indiferencias.

Finalmente el latinismo de que estaba impregnada toda la doctrina hizo de Roma la gran escuela no sólo estética, sino también social y política, y la Francia moderna desconoció durante mucho tiempo una parte de sus orígenes y se olvidó de que sus instituciones nacionales procedían casi todas de la Edad media, en la que existían quizás algunos principios de libertad ajenos al imperialismo romano.

El Renacimiento, que no parece interesar en un principio más que á la educación puramente intelectual, acabó por cambiar algo en nuestra historia.

Pero en este mismo siglo XVI hemos encontrado obras que no contenían belleza alguna, que no eran propias para satisfacer las inteligencias enamoradas de un ideal estético elevado y que, sin embargo, han contribuido á enlazar la Francia del pasado con la del porvenir, ó á preparar obscuramente el espíritu moderno: lo mejor de Rabelais ó de Montaigne está en el sentido de las realidades, que conservan, á pesar de su educación clásica; Du Moulin está mucho más cerca de los renovadores del derecho que Cujas; Ramus tiene afinidad con algunos espíritus libres del siglo XVII y con los filósofos del XVIII; y los estudios de historia nacional de Pasquier, de Bodin y de Hotman, anuncian á Montesquieu y á Rousseau.



Suplicio de Miguel Servet en Ginebra 1555)

LA REFORMA Y LA LIGA.—EL EDICTO DE NANTES (1559-1598)

POR JUAN H. MARIEJOL, PROFESOR DE LA UNIVERSIDAD DE LYÓN

LIBRO PRIMERO

PRELUDIO DE LAS GUERRAS DE RELIGIÓN

CAPITULO PRIMERO

REINADO DE FRANCISCO II (1559-1560)

I. El gobierno de los Guisa. — II. El tumulto de Amboise. — III. Asamblea de Fontainebleau. — IV. Los Guisa contra los Borbones.

I.—El gobierno de los Guisa (1).

Francisco II era mayor de edad, pero sus quince años, su inexperiencia y el estado delicado de su salud le impedían ejercer el gobierno por sí mismo. Las simpatías de su joven esposa, María Estuardo, designaron á su elección á los dos hombres que habían de gober-

nar en su nombre; y como sobrina de los Guisa, creyó que á nadie mejor que á los hermanos de su madre podía confiar los intereses de su marido y los del reino. Francisco de Lorena era el mejor guerrero de su tiempo; Carlos, cardenal de Lorena, había intervenido en los asuntos más importantes, y por haber sido negociador en Cateau-Cambresis y miembro muy influyente del Consejo del Rey, era el más indicado para continuar la política de represión religiosa y de alianzas católicas que él mismo había inspirado ó aplicado.

Era costumbre que á cada advenimiento de soberano el Parlamento nombrara á algunos de sus miembros, «los de más viso,» para felicitar al nuevo rey y para oír de labios de éste á quién debía aquél dirigirse «en lo

(1) FUENTES: H. de la Ferrière, *Lettres de Catherine de Médicis*, I, 1880, «Collection de Documents inédits sur l'histoire de France.» *Mémoires-journaux du duc de Guise*, Michaud y Poujolat, I, 2.ª serie, VI. *Mémoires du prince de Condé*, 1743, I y II. Dupuy, *Traité de la majorité de nos rois et des régences du royaume*, 1655. Teulet, *Relations politiques de la France et de l'Espagne avec l'Ecosse*, 1862, II. Luis Paris, *Negotiations... relatives au règne de François II*, «Coll. Doc. inédits,» 1841. *Dépêches de Sébastien de l'Aubespine, ambassadeur de France en Espagne sous Philippe II*, «Revue d'histoire diplomatique,» XIII y XIV, 1899-1900. (Mayer), *Des Etats généraux et autres assemblées nationales*, X, 1789. *Archives curieuses de l'Histoire de*

France ou Collection de pièces rares et intéressantes, publicados por Cimber y Danjou, 1.ª serie, 1834-1840, IV. *Lettres françaises de Jean Calvin*, publicadas por Julio Bonnet, 1854. Pedro de la Place, *Commentaires de l'estat de la religion et république*, y Regnier de la Planche, *Histoire de l'estat de France sous François II*, «Pantheon littéraire,» reedición de 1884. *Histoire ecclésiastique des Eglises réformées au royaume de France*, nueva edición publicada por Baum y Cuniz, París, 1883, I. *Epistre envoyée au tigre de la France*, ed. Read, 1875. F. Beaucaire de Peguillon, *Francisci Belcarii Peguilionis, Metensis episcopi, Rerum gallicarum Commentarii, ab anno Christi MCCCCLXI ad annum MDLXXX*, Lyon, 1625. (La Popelinière), *Histoire de*

sucesivo para los negocios.» Francisco II les «hizo saber que sus dos tíos, el cardenal de Lorena y el duque de Guisa, estaban encargados de todo, y mandó... que se les obedeciera como á él mismo.» El cardenal cuidaría de la administración de la Hacienda y del Estado; y el duque, del mando de los ejércitos.

Tal delegación no era una novedad, y ya en tiempo de Enrique II el condestable de Montmorency había «recibido el mismo honor.» La autoridad de los grandes funcionarios de la corona, condestable, gran maestre, almirante y canciller, no podía contrarrestar la que confería la voluntad del rey, el cual poseía la omnipotencia y la transfería á quien se le antojaba: Montmorency había gobernado el reino y dirigido la política extranjera como favorito, no como condestable y gran maestre.

La elección hecha por el rey aseguraba una influencia predominante en el Consejo Real que era el primer cuerpo deliberante de la monarquía y el órgano de la voluntad del monarca. El Consejo ora despachaba los negocios de Estado y de Hacienda (*Consejo privado*), ora juzgaba las causas reservadas al soberano (*Consejo de las partes*); ora, reducido á algunos miembros y compuesto, sin distinción de rango ni de nacimiento, tan sólo de los confidentes del Rey, examinaba y resolvía los más grandes intereses del interior y del exterior. Este último Consejo *estrecho, ó de la mañana, ó de los negocios*, al que Francisco I y Enrique II habían distinguido del conjunto del Consejo, era una asamblea consultiva (1): el rey escuchaba las opiniones y dictaba las resoluciones, y á sus favoritos se les escuchaba y se les seguía como intérpretes suyos; y cuando el monarca era débil de voluntad ó de entendimiento, los validos le hacían hablar á su gusto, inspirando las decisiones y ejecutándolas. En aquella época, los se-

France, I, 1581. D'Aubigné, *Histoire universelle*, ed. de Ruble, «Société de l'histoire de France», I, 1886.

El «Bulletin de la Société de l'histoire du protestantisme français» publica documentos del mayor interés para la historia de las guerras de religión.

OBRAS DE CONSULTA: De Ruble, *Antoine de Bourbon et Jeanne d'Albret*, II, 1882. Mignet, *Lettres de Jean Calvin*, «Journal des Savants», diciembre de 1856, febrero, marzo, julio y agosto de 1857 y enero de 1859. Paillard, *Additions critiques à l'histoire de la Conjuration d'Amboise*, «Revue historique», XIV, 1880. Dareste, *François Hotman, sa vie et sa correspondance*, «Revue historique», II, 1876. Renato de Bouillé, *Histoire des ducs de Guise*, 1849, II. Forneron, *Les Guise et leur époque*, I, 1877. D'Aumale, *Histoire des princes de Condé*, I, 1889. Decrue, *Anne de Montmorency... sous Henri II, François II et Charles IX*, 1889. Guillemin, *Le cardinal de Lorraine*, 1847. Dupré Lasale, *Michel de l'Hôpital avant son élévation au poste de chancelier de France*, 2 vol., 1875-1899. P. de Vaissière, *Charles de Marillac (1510-1560)*, 1896. Conde J. Delaborde, *Gaspard de Coligny*, 1879, I. Erico Marcks, *Gaspard von Coligny*, I, 1893. Martin Pilippson, *Histoire du règne de Marie Stuart*, París, 1891. Con el título de *Les grandes scènes historiques du XVI^e siècle*, M. A. Franklin publicó en 1886 la reproducción facsímil de los grabados de J. Tortorel y J. Perrissin, dos testigos de las primeras guerras de religión. *La France protestante* de los hermanos Haag, 10 vol., es un diccionario biográfico indispensable; la 2.^a edición revisada y completada por Bordier llega al tomo 6.^o, letras A-G, 1877-1888.

Citaremos de una vez para siempre los dos tomos tan patéticos y tan apasionados de Michelet: *Guerres de religion* y *La Ligue et Henri IV*, tomos XI y XII de su *Histoire de France*.

(1) Véanse págs. 368-369.

cretarios de Estado no eran todavía más que redactores y expedidores de las órdenes del rey y de sus ministros.

El duque de Guisa y el cardenal de Lorena eran los jefes de la poderosa casa que á principios del siglo XVI había fundado Claudio, quinto hijo de Renato II, duque de Lorena. Este segundón, heredero de los patrimonios que su padre poseía en el reino, conde de Guisa y de Aumale, barón de Joinville, de Sablé, de Mayenne y de otras tierras «situadas... en Francia, Normandía, Picardía, Flandes, Haynault y en otras partes,» había aumentado con sus servicios militares su situación de señor feudal y de príncipe extranjero. Francisco I le había dado sucesivamente el gobierno de la Champaña y el de la Borgoña, y le había nombrado montero mayor y gran chambelán; y su matrimonio con Antonieta de Borbón le hizo emparentar con la familia real, siendo entonces elevado á la pairía, honor que antes de él estaba exclusivamente reservado á los príncipes de la sangre (2).

Murió en 1550 dejando seis hijos que acumularon los cargos, los honores y las pensiones. El mayor, Francisco de Lorena, nombrado duque y par ya en vida de su padre, obtuvo el gobierno del Delfinado y fué gran chambelán; casóse con Ana de Este, hija del duque de Ferrara y nieta de Luis XII, y sacado de Italia después del desastre de San Quintín, nombrósele teniente general de los ejércitos del rey en toda la extensión de la monarquía francesa, con poderes de virrey. Otro hijo, Claudio, marqués de Mayenne, fué duque de Aumale, montero mayor y gobernador de Borgoña; otro, Francisco, gran prior de Malta y general de las galeras, tuvo por sucesor, en este último cargo, á su hermano Renato, marqués de Elboeuf.

La defensa de la Iglesia no fué menos provechosa á esos segundones de Lorena que el servicio del Estado. El fundador de la casa había merecido ya, en los comienzos de la Reforma, por el ardor de su celo, la gratitud de los católicos; había salido al encuentro de las partidas anabaptistas que intentaban invadir la Lorena y proseguir allende los Vosgos su propaganda devastadora, y les había derrotado y exterminado en Lupstein, cerca de Saverne (16 de mayo de 1525). De aquí el interés que los papas sentían por ese campeón de la fe. Su hermano, Juan de Lorena, cardenal á los veinte años, fué administrador ó tutelar de unos diez arzobispados y obispados y de buen número de abadías.

A la muerte del cardenal, esta rica herencia eclesiástica pasó casi por entero á aquellos de sus sobrinos que pertenecían á la Iglesia: Luis de Guisa fué obispo, arzobispo, cardenal, abad de Saint-Victor-les-Paris y de otros pingües beneficios; pero Carlos, cardenal de Lorena, obtuvo la mejor parte, habiendo sido arzobispo de Reims á los catorce años, abad de Saint Denis, de Cluny, de Marmonier-les-Tours, de Fecamp, etc., y logrando de sus beneficios una renta anual de unas 300.000 libras. Los Lorena, poderosos ya por sus servicios, por sus cargos, por su cuna y por su situación en la Iglesia y en el Estado, pasaron á ocupar la primera fila al advenimiento de Francisco II; y si hasta entonces habían compartido el poder con otros favori-

(2) Véase pág. 327.

tos, ahora confiaban gobernar solos y descartar á todos los rivales.

Apenas muerto Enrique II, apresuráronse á llevar al nuevo rey al Louvre; el condestable de Montmorency hubo de quedarse en el Palacio de las Tournelles para velar el cadáver de su soberano y comenzar el duelo por éste, y Catalina de Médicis, cuya prudente ambición nadie sospechaba, sobrepúsose á su dolor para seguir á Francisco II y al partido de la fortuna.

El Condestable, que era de carácter menos dócil, no se resignaba con la idea de caer en desgracia. Había sido el amigo á quien más quiso y el consejero de quien más caso hiciera Enrique II; el gobierno del Langüedoc le daba un poder considerable en casi todo el Mediodía, desde los montes de Auvernia hasta el Mediterráneo y desde la Provenza hasta la Guiena; su experiencia y su edad imponían respeto, y á pesar de sus defectos y de sus derrotas, tenía la reputación de guerrero y hombre de Estado. Sus hijos y los Chatillón, hijos de su hermana, compartían y prolongaban su autoridad: Francisco de Montmorency, su primogénito, ejercía el gobierno de París y de la Isla de Francia; uno de sus sobrinos, Coligny, era almirante de Francia, y otro, d'Andelot, coronel general de la infantería francesa (1). El Condestable era el mayor propietario del reino y dícese que poseía seiscientos feudos; su castillo de Chantilly, situado á las puertas de París, era una especie de capital de un verdadero principado, constituido por bosques y tierras y poblado por aldeanos y vasallos; y su ducado de Chateaubriant, cerca de Nantes, extendíase desde el Loira hasta el Vilaine, en una superficie inmensa de territorio.

No había explotado, como los Guisa, el rico tesoro de los bienes del clero. Ciertamente dos de sus hijas fueron abadesas y que uno de sus sobrinos, Odet de Chatillón, obtuvo con el obispado de Beauvais la pairía al mismo anejo; pero el primer barón cristiano, como se denominaba Montmorency, no quiso, por olvido ó por desdén, que sus hijos varones ingresaran en la Iglesia y esperó ante todo del rey y del Estado su fortuna.

Creyendo que le bastaría reaparecer en la corte para recobrar el primer lugar, fuése al Louvre, acompañado de sus hijos y de sus sobrinos los Chatillón (18 de julio), y los presentó al soberano, solicitando la gracia de éste para sí y para sus deudos. Francisco II le dispensó una afectuosa acogida y le confirmó en sus empleos, pero añadiendo que para aliviar su ancianidad, «que en lo porvenir no podría soportar las penas y los trabajos» del séquito real, había confiado al cardenal de Lorena y al duque de Guisa la administración del Estado «á fin de que conocieran de todo y ordenaran como mejor estimasen.»

Estas palabras equivalían á una licencia ilimitada, y la reina madre, en quien el desahuciado Montmorency esperaba encontrar algún apoyo ó algún consuelo, aun fué más dura con él, pues le echó en cara, con tono agrio, el haberse atrevido en otro tiempo á decir que de todos los hijos de Enrique II el que más se le parecía era su hija natural, Diana, casada con Francisco de Montmorency. Estas recriminaciones, sinceras ó no, le

(1) Véase pág. 327.

daban ocasión para tratar con aspereza á aquel hombre áspero por excelencia y para afirmar su inteligencia con los Guisa, los cuales, satisfechos de su complacencia, trabajaban por contentarla y le sacrificaron á Diana de Poitiers, á pesar de ser ésta suegra de su hermano, duque de Aumale. La amiga de Enrique II, que había reinado en la corte dejando á Catalina únicamente el honor de perpetuar la monarquía, hubo de restituir las joyas de la corona y de aceptar Chaumont á cambio de Chenonceaux que la reina madre codiciaba. Además, fué reintegrado en sus funciones el canciller Olivier, á



LE TRES CHRESTIEN FRANCOIS II DE
CE NOM ROY DE FRANCE ET DEPOSE.

Francisco II de Francia

quien Diana había hecho destituir en 1551, y cuya integridad, bien conocida, debía servir de recomendación al nuevo gobierno.

Los Guisa, seguros de la reina madre y desembarazados de Montmorency, no debían, al parecer, temer nada; cierto que había los príncipes de la sangre, los Borbones-Vendome y los Borbones-Montpensier, que por su nacimiento estaban indicados, como parientes «más próximos» del Rey, para ser los consejeros de la corona; pero ¿se atreverían á protestar contra la elección hecha por Francisco II y á reivindicar los derechos que en las épocas de menor edad habían pretendido tener sobre el gobierno del Estado los miembros de la familia real francesa? La monarquía, desde que tendía al absolutismo, mostrábase cada vez más hostil á los representantes del feudalismo pensionado, sobre quienes pesaba la traición del condestable de Borbón. Francisco I y Enrique II desconfiaban de toda personalidad saliente que nada debía al favor real y preferían otorgar su confianza á hidalgos como Montmorency ó á segundones de familias de príncipes extranjeras, como los Guisa de Lorena, los Nemours de Saboya y los Gonzaga-Nemours de Mantua, á quienes consideraban como

hechuras suyas. A estos favoritos (en su mayor parte hombres notables) confiaban el mando de los ejércitos y los grandes empleos de la corona, y aun los elevaron, en calidad de duques y de pares, á la categoría de los príncipes de su sangre. La autoridad no debía ser más que emanación del poder real.

Tales eran si no las máximas, las tendencias del poder absoluto; pero la nación no estaba acostumbrada á ellas y continuaba reverenciando á los príncipes de la sangre como descendientes de San Luis, herederos posibles del trono, soberanos en expectativa; los juriscónsultos los calificaban de consejeros natos de la corona; la nobleza los reconocía como jefes, y los partidos que se formaban en el Estado procuraban ampararse bajo la autoridad de su adhesión, porque, aun privados del poder y caídos en desgracia, podían mañana llegar á ser soberanos y eran, por consiguiente, los caudillos indicados de todas las oposiciones.

El jefe de la casa de Borbón y primer príncipe de la sangre era Antonio, duque de Vendome, á quien su casamiento con Juana de Albret había dado la soberanía del reino de Navarra, del condado de Foix y de los demás Estados de la casa de su esposa; pero este título de rey, que colmaba su ambición, no le había valido ninguna consideración cerca de Enrique, por lo que, movido por el despecho ó por su afición á las novedades, se inclinó á los protestantes cuya propaganda comenzaba á abrir brecha en la aristocracia, en el Parlamento y en la clase media. Durante una ausencia del rey, habíase envalentonado hasta el punto de mezclarse con los fieles que recorrían el Pre-aux-Clercs entonando salmos, y hacían ostentación pública de su fe (mayo de 1558) (1); mas aquel acto no pasaba de ser una bravata que un príncipe inconsistente como él era incapaz de sostener, no obstante lo cual, la oposición religiosa creyó haber encontrado en él un jefe.

Como Francisco II era mayor de edad, no cabía una regencia; y aun en caso de menor edad no habrían dejado de ser discutidas las pretensiones de los príncipes de la sangre al gobierno del Estado. Pero los enemigos de los Guisa tenían interés en reanudar contra los tíos de la reina la campaña que Luis de Orleans había en otro tiempo hecho contra Ana de Beaujeu y excitaban á los Borbones á protestar contra la elección del joven rey y á afirmar sus derechos. Antonio vacilaba ante los peligros y la responsabilidad de la lucha; su hermano menor, Luis de Borbón, príncipe de Condé, joven, pobre y ambicioso, sentía mayores impaciencias por obrar, y en una de las primeras sesiones del Consejo aprovechó una imprudencia de los nuevos gobernantes para ponerles en un compromiso. El cardenal de Lorena proponía la adopción de un sello en el que Francisco II y María Estuardo se titularan Rey de Francia, de Escocia y de Inglaterra, lo cual era poner en duda la legitimidad de Isabel, reina de esta última nación; y el príncipe demostró los peligros que tal provocación traería consigo (2).

Los Guisa se dieron por advertidos y trataron como

(1) Véase pág. 371.

(2) Por esto se resolvió que Francisco II se denominaría simplemente rey de Francia y de Escocia, y que María Estuardo podría adoptar el título de reina de Inglaterra en los actos públicos. (Froude, *History of England*, 1887, VI, pág. 243).

enemigos á los dos Borbones; y como estaban obligados á señalar un papel á estos personajes de sangre real, tuvieron buen cuidado de reservarles las distinciones onerosas. Condé fué enviado á Gante para saludar á Felipe II que se disponía á marchar á España, y para jurar, en nombre del nuevo rey, la conservación del tratado de Cateau-Cambresis. El Cardenal le dió para esta misión aparatosa mil escudos solamente, lo que equivalía á ponerle en la alternativa de arruinarse ó de ponerse en ridículo con un tren indigno de su alcurnia; Condé no titubeó en empeñar sus bienes y se presentó ante el rey de España con el séquito y el equipaje de un príncipe de la sangre.

Antonio de Borbón había salido de Navarra para dirigirse á la corte, adonde se encaminó á pequeñas jornadas, indeciso, sin haber adoptado resolución ni plan alguno. Los protestantes y los demás enemigos de los favoritos le apremiaron para que declarara en alta voz su oposición; pero su pereza se avenía mal con el papel de jefe de partido. El mismo apoyo que le prometía el Condestable y las exhortaciones de éste le hacían desconfiado, pues recordaba con amargura (y sus principales consejeros, de quienes se decía que estaban vendidos á los Guisa, no cesaban de refrescarle en este punto la memoria) que cuando la negociación del tratado de Cateau-Cambresis, Montmorency había intencionadamente omitido reclamar á los españoles la parte de Navarra que en 1513 habían arrebatado á la casa de Albret. Para decidirle, sus amigos salieron á su encuentro en Vendome (agosto), y la Iglesia reformada de París, que acababa de constituirse, le envió al ministro Morel. Condé, regresado á tiempo de los Países Bajos, aconsejó una actitud firme, reclamaciones energicas y en caso necesario un levantamiento armado; pero Antonio de Borbón fué de parecer que se dejara al tiempo y á las circunstancias el cuidado de sugerir las decisiones.

Los Guisa se disponían á recibirle cual correspondía, y cuando llegó á Saint-Germain, en donde estaba la corte, le trataron como personaje sin importancia. No le habían señalado alojamiento, de manera que hubo de aceptar la hospitalidad que por compasión le ofreció el mariscal de Saint-André; no le convocaron á las sesiones del Consejo y á porfía procuraron molestarle sin que él se atreviera á quejarse. Su paciencia llegó á un punto tal, que los militares de su séquito, por ejemplo Guido Chabot y Jarnac, desesperando de su fortuna, decidieron ofrecer sus servicios á sus enemigos.

La presencia de Antonio de Borbón en Reims, en donde el rey fué coronado en 18 de septiembre de 1559, sólo sirvió para realzar el triunfo de los Lorena. El Cardenal, en su calidad de arzobispo, representó allí el principal papel y fué también el único á quien, por gracia especial, Francisco II retuvo á su lado después del banquete. Con ocasión de la coronación recibieron los dos Guisa del soberano donativos considerables; en cambio, el rey de Navarra sólo obtuvo algunos miserables derechos en su condado de Foix; uno de sus primos, el duque de Borbón-Montpensier, hubo de ceder el paso, en las ceremonias, á Francisco de Cléveris, duque de Nevers, que había sido nombrado duque y par un mes antes que él, como si el título otorgado por el favor real hubiera de prevalecer sobre el privile-

gio del nacimiento; y uno de sus gentileshombres, Anselmo de Soubcelles, acusado de haber difamado á los Guisa, fué arrestado en su presencia.

Antonio regresó á París mientras la corte se dirigía á Lorena, y allí fué á visitar á los miembros del Parlamento, haciéndoles ver, como antes hiciera Luis de Orleans, la necesidad de celebrar los Estados generales; pero los funcionarios del rey se habrían guardado de ponerse de parte de quien se abandonaba á sí mismo. Los Guisa, para completar su derrota, leyeron en pleno Consejo una carta en que Felipe II, noticioso de las pretensiones de los príncipes de la sangre, ofrecía á Catalina su vida y 40.000 hombres contra los sediciosos y rebeldes; y el rey de Navarra, al oír esto, vió su reino invadido y ocupados por un ejército español los restos del patrimonio de la casa de Albret. Más que Juana, su propia esposa, tenía apego á sus territorios de los Pirineos y al título real á ellos anejo y no había rango en Francia que no estuviera dispuesto á sacrificar en aras de la posesión pacífica de aquel Estado soberano. Durante toda su vida, su ambición se vió contrariada por las inquietudes ó distraída por las quimeras que su imaginación alimentaba; y si por un lado le inspiraban temor las codicias de Felipe II, por otro se hacía la ilusión de obtener, á fuerza de complacencias, la restitución de la Navarra española. Su política navarra influyó poderosamente en el gobierno interior de Francia y en el porvenir del protestantismo francés. Catalina de Médicis, que conocía su punto vulnerable, le invitó á que acompañara á España á Isabel de Valois que iba á reunirse con su esposo Felipe II, invitación que aceptó con entusiasmo, porque aquella misión le permitía darse importancia ante los españoles y conquistar su benevolencia (diciembre 1559-enero 1560).

A pesar de su insuficiencia, Antonio continuaba siendo el jefe de un partido. Los Guisa, sin embargo, gobernaban como si no hubiesen de guardar consideraciones á nadie: el duque tenía la afición y la costumbre del mando, y en el Consejo emitía su opinión en términos breves que revelaban al jefe de ejército: «Mi parecer es tal, y es preciso obrar así y así; y á veces firmaba los documentos con solo su nombre de pila, Francisco, al estilo de los reyes. Pero su buen trato y su gloria militar templaban la crudeza de aquel tono imperioso. El cardenal, con menos prestigio y menos atractivos, era aun más altanero en su lenguaje. Uno y otro tenían el orgullo de raza en un mismo grado, y si no pensaban en presentarse como herederos de Carlomagno, cosa de que se acusaban los libelistas, por lo menos sentíanse orgullosos de llamarse descendientes del gran emperador.

Una de las primeras medidas por ellos adoptadas parecía dirigida especialmente contra los favoritos de Enrique II, y consistió en hacer que el rey revocara, casara y anulara las enajenaciones del real patrimonio hechas por sus predecesores (octubre). Uno de los hombres que más habían participado de las larguezas del último reinado, el mariscal de Saint-André, supo evitar las restituciones casando á su hija única y heredera con un hijo de Francisco de Guisa; pero el Condestable no tenía este recurso. Respecto de este último hasta se habló de quitarle el gobierno del Languedoc, y se vió obligado á trocar el cargo de gran maestre por el de

mariscal de Francia que se dió á su primogénito. Los Guisa le atacaron también en su situación de gran propietario, disputándole la posesión del condado de Dammartin; mas esta vez el Condestable perdió la paciencia, tomó por sorpresa Dammartin, en donde el duque de Guisa había instalado ya á sus gentes, y no vaciló en llevar allí alguna artillería para defenderse. La clientela de los Montmorency era aun más numerosa que la de los Borbones; comprendía la mayor parte de las grandes familias de raza puramente francesa, los La Tour d'Auvergne, los La Tremoille, los La Rochefoucauld, los Levis y los Rohán, y se reclutaba entre los capitanes que habían servido á las órdenes del Condestable ó de sus sobrinos, d'Andelot y Coligny. Al apoyo que obtenía de sus alianzas juntaba Montmorency los recursos de su experiencia; sabía llegar hasta el límite de su derecho sin traspasarlo, meditaba muy bien sus peticiones y sus actos, aparentaba el mayor respeto á la voluntad del soberano, y guardaba la actitud de un alto funcionario en desgracia, no la de un pretendiente en acecho. Habíase reconciliado con la reina madre y permanecía en reserva como una fuerza que la monarquía encontraría, al primer signo, disponible. Esta oposición leal, en la que entraba tanto como el cálculo la costumbre de la obediencia, era temible para los Guisa sin que pudiera hacer la menor sombra al rey ni á su madre: un cambio de sistema bastaba para que Montmorency volviera á encontrarse al frente de los negocios, al paso que para devolver á los príncipes de la sangre la situación privilegiada que sus partidarios reclamaban, se necesitaba casi una revolución.

Para hacer frente á tantos enemigos hubieran debido los Guisa asegurarse por lo menos el apoyo de los militares. El defensor de Metz, el conquistador de Calais inspiraba á los soldados simpatías que no era difícil conservar, y su advenimiento al poder había sido acogido por ellos con entusiasmo, al grito unánime de ¡Viva Guisa! Pero, por desgracia, el nuevo gobierno hubo de luchar con necesidades financieras y se vió obligado á hacer economías: era preciso liquidar las deudas del último reinado y licenciar á las tropas que la paz firmada en Cateau-Cambresis dejaba disponibles, y en su consecuencia una ordenanza real de 14 de julio de 1559 anunció la reducción de los efectivos. Entonces se encontraron sin empleo, y algunos sin recursos, una multitud de soldados y capitanes, que, acostumbrados á vivir de la guerra, acudían á Fontainebleau, en donde la corte se hallaba, para conseguir que se les conservara en las filas, que se les pasase una pensión ó que se les hiciese un donativo. Aquella muchedumbre pedigrüña invadía el palacio; todos reclamaban con violencia, todos renegaban y juraban. «Por un pequeño arcabuzazo que habían recibido ó por un pequeño servicio que habían prestado, parecían que el rey debía darles el oro á paletadas.» El duque, que conocía las costumbres y el carácter de aquellas gentes y que estimaba su profesión, se hacía cargo de sus quejas, excusaba la miseria del rey, les recomendaba que tuvieran paciencia y les prometía emplearlos más adelante; pero el cardenal, alarmado por aquella afluencia de solicitantes harapientos y ligeros de manos, hizo pregonar por dos veces á son de trompa que evacuaran aquellos lugares y como amenaza significativa mandó levantar una horca en las